

El Eco de Cartagena



DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

EL MOMENTO POLITICO

Se acentúan los rumores de que el Gobierno piensa restablecer la previa censura en vista de la conducta observada por algunos periódicos en los asuntos internacionales. Creemos que los señores Dato y Sánchez Guerra deben meditar un poco antes de volver a los arbitrarios métodos que tantos perjuicios nos causaron durante el mes anterior.

Las circunstancias que ciertos sucesos establecieron, justificaron plenamente el que se adoptasen severos procedimientos, porque la tranquilidad interna y las relaciones exteriores de un país no pueden quedar a merced de caprichosas imprudencias; pero no es justo que peguen justos por peccadores, cuando los resortes legales bastan para poner coto a cualquier demasía.

La advertencia previa y la suspensión, después, constituyen sanciones bastante eficaces para que nadie se lance por senderos extraviados, si está cierto de la inutilidad de sus extridencias. Así lo dijo el mismo ministro de la Gobernación, marcando el camino exacto.

Es de creer que no prosperen los valientes que corran anoche y esta mañana en el sentido mencionado.

Respecto a la huelga ferroviaria anunciada para el día 10, consideramos que no deben aceptarse contemplaciones ni debilidades con un movimiento que, como el de Valencia, nada tiene de societario y es meramente político.

La reivindicación de ventajas para las clases humildes merecerá siempre las simpatías de los que no se inspiran en el egoísmo; mas hay que ser oportuno para todo, y el momento actual no consiente que nadie dé pie a los perturbadores de oficio para ensayar alguno de sus planes.

También deben pensar mucho lo que hacen esos hourados sujetos que dirigen a sus compañeros en busca de mejorar su estrecha existencia.

A pesar de ciertos pesimismo seguimos creyendo, que no está el ambiente público en condiciones de que nadie lo remueva, y que ha de fracasar ruidosamente cualquier intento dañino.

Hay mucho deseo de paz espiritual y material, sin que esto implique el olvido de una etapa regeneradora en todos los órdenes de la vida hispana. Es ya difícil, sin embargo, que la gente haga caso a viejos espejuelos ni admita labores puramente negativas.

El nervio de las diversas actuaciones políticas fue siempre aquí la censura del trabajo del adversario, sin oponer a los desaciertos criticados soluciones prácticas de salvación.

Pues bien: eso se ha concluido, y los que no tengan clarividencia bastante para comprenderlo serán arrollados por los sucesos que se aproximan, a despecho de desacreditadas componendas.

El señor Cambó y los suyos no carecen de la vista indispensable para hacerse cargo de lo que ahora ocurre, y les trasladamos el consejo de oportunidad que hemos estampado antes para los ferroviarios.

Laboremos todos en una tarea de afirmación; esporemos sin pueriles impaciencias a que el señor Dato consulte la voluntad de los electores si así le cree conveniente la Corona, y presenciamos todos apoyo al Poder constituido para que se oponga de un modo firme y resuelto a cuanto signifique un peligro para el bienestar relativo que disfruta España dentro del enorme cataclismo que estalló en 1914.

Para esto no hace falta ni previa censura ni nada que contribuya a desorientar una opinión perfectamente orientada. Basta con poner a buen recaudo al que no se convenza de que no hay derecho para molestar a los demás.

H. J.

Desde Barcelona

3 AGOSTO

El señor Prat de la Riba

Desgraciadamente se han confirmado los tristes presagios que, acerca de la enfermedad que venía sufriendo el excelentísimo señor don Enrique Prat de la Riba, formularon los médicos que lo asistían.

En su casa natal de Castelltersol ha fallecido el presidente de la Mancomunidad de Cataluña y de la Diputación Provincial de Barcelona.

La muerte del señor Prat de la Riba, no por esperada ha dejado de producir honda y penosa impresión en esta capital y en Cataluña toda, como habrá de causar en España entera, que con él ha perdido uno de sus más grandes hombres.

Imposible es hacer, dentro de los reducidos límites de una crónica, la apología de los méritos y virtudes que adornaban al finado, que baja al sepulcro con la admiración y respeto de sus mismos adversarios políticos, ya que enemigos personales no los tenía.

Conociendo profundo, el señor Prat, de la gloriosa historia de Cataluña; verdaderamente enamorado de la tierra que le vio nacer, a Cataluña dedicó, todas sus energías, su vida entera. Dotado de una fe sin límites, él fué no solo el iniciador, sino el alma del movimiento catalanista y su constante inspirador.

Hombre de gran cultura y acometividad, a él se debe la laudable transformación que en su vida y modo de ser experimentó nuestra Diputación Provincial, desde que aquel pasó a formar parte de la misma, como también la instauración del organismo de la Mancomunidad de Cataluña. Fruto de sus trabajos han sido, así mismo, la creación del Instituto de Estudios Catalanes, de la Biblioteca de Cataluña, de la Universidad Industrial, de la Caja de Crédito Comunal, del Museo Social y otras muchas y muy importantes instituciones de beneficencia, cultura y hacienda provincial.

La irreparable pérdida del señor Prat de la Riba, constituye una gran desgracia para Cataluña; y estimamos reviste los caracteres de catástrofe por lo que respecta al partido catalanista, ya que aquel insigne patriota resulta verdaderamente insustituible.

Descanse en paz el catalán ilustre, cuya muerte ha sido la del varón justo y honrado.

Unimos nuestro duelo al legítimo que experimenta Cataluña toda.

A las seis de esta tarde, hora señalada, ha llegado a esta capital, procedente de Castelltersol, el cadáver del excelentísimo señor don Enrique Prat de la Riba, que fué recibido al pie del monumento a Rius y Taulet por el Ayuntamiento de esta ciudad y Diputación, todas las autoridades, nutrida representación de todas las entidades oficiales y particulares de la capital y muchos puntos de Cataluña y enorme gentío.

El traslado de los restos mortales del egregio patriota al palacio de la Generalidad Catalana, ha resultado un acto verdaderamente imponente, no solo por la multitud que presenció el paso de la fúnebre comitiva, sino por la impresión de tristeza que se revelaba en los semblantes de todos.

El cadáver del señor Prat de la Riba ha sido subido por diputados provinciales a la hermosa capilla gótica de San Jorge de dicho palacio, donde quedará depositado hasta mañana a las cuatro de la tarde, en cuya hora tendrá lugar el entierro, que, no creemos equivocarnos, constituirá una grandiosa manifestación de duelo, reflejo del que sentimos todos los catalanes amantes de nuestra tierra y de sus glorias.

C. P.

(Prohibida la reproducción).

J. CASAS
FOTOGRAFO
SUCESOS DE GOMEZ ROS
Osuna (antes Cañón), n.º 3

Teatro-Circo

Función benéfica

Cartagena respondió al llamamiento que hiciera la Junta de Señoras de la Casa Exposita. Ya que la caridad oficial por unas u otras causas, se muestra rehuída para atender a los niños desvalidos, la ciudad al menor llamamiento que se le hace responde siempre y de ello puede sentirse orgullosa, así como las señoras que con su trabajo altruista son el sostén de esa Casa de beneficencia, y a más de otras, en las que se ejercita la Santa Caridad Cristiana.

Desinteresadamente coadyuvaron a la mercedísima obra, cuantos artistas se encuentran hoy en Cartagena.

El notable ventrílocuo señor Ferry, el cantador de alres regionales Ginés Sánchez, la canzonetista Marisol, fueron todos muy aplaudidos.

Pomares, el popular industrial de la calle de Campos, nos dió a conocer un boceto dramático titulado "Abuelo y nieto", en el que encontramos cosas estimables y el público le hizo salir al palco escénico a recibir aplausos.

Blanca Azucena siempre es la artista incensable y atrayente. Anoche se exhibió a sí misma, dijo, cantó, bailó y como en ella es costumbre arranca el unánime aplauso de todos, más grato en el día de ayer que con su alegría y su arte, contribuyó a aliviar tristezas, apuros económicos y a enjugar tal vez lágrimas de inocentes criaturas.

Nuestro aplauso a todos y muy especialmente a la Junta de señoras y a la organizadora señora doña Rita Saura.

De Sociedad

Los que vinjan

Procedente de Madrid ha llegado a ésta, el estudioso joven de la Facultad de Medicina don Rafael Midón, hijo de nuestro respetable amigo el Administrador de esta Aduana principal.

De Barcelona ha llegado a ésta, el distinguido letrado don Agustín Trilla.

De Los Alcázares ha regresado a Madrid don Pedro Calderón Mérida, hijo del digno Gobernador civil de esta provincia Marqués de Algara de Grés.

Han salido para Barcelona nuestros queridos paisanos los acreditados fotógrafos de Melilla señores Truchaud y Cano.

Notas varias

Ha sido nombrado secretario de la Escuela de Industrias de esta ciudad, don Antonio Torres Beltrán.

La Infante Isabel que ha aceptado la Presidencia de los Juegos Florales que organizados por la Cruz Roja se celebrarán en el Teatro Circo el día 18 del actual, ha delegado su Augusta representación en la bella señorita Angélica Minguéz Gómez, hija de nuestro apreciable amigo el Comandante de Infantería de Marina don Mónico Minguéz.

Ayer recibió las aguas bautismales del nuevo vástago de nuestro querido amigo y redactor el comandante de Infantería de Marina don José Martínez de Galinsoga.

Por el virtuoso sacerdote don Ricardo Belmonte, beneficiado de la Catedral de Murcia, y por su hermano don Diego, ha sido pedida en matrimonio para su sobrina el joven comerciante de esta don Manuel Belmonte de Bustos la bellísima señorita Soledad Meroño.

La boda se celebrará en breve.

En el Penal

Atentamente invitados, por el director de la "Prisión Afflictiva" de esta plaza, asistimos a la función que la artista "Blanca Azucena" dió en obsequio a los reclusos ayer tarde.

Cuando penetramos en el patio, se encuentra completamente lleno de distinguidas familias, que fueron invitadas al acto por el referido director.

La banda del establecimiento, dirigida por el profesor don Benjamín Sevilla, ejecutó un escogido programa.

Después, para que decir más... Blanca Azucena, la incensable Blanca con sus Botones hizo infinidad de números que los reclusos aplaudieron con entusiasmo.

Los artistas, recibieron valiosos regalos y en el escenario se soltaron palomas con laicos de los colores nacionales.

Un aplauso a don Ricardo Mur, estensivo a los artistas, que con su trabajo hicieron mitigar un poco la pena de los desgraciados que allí estinguen sus conlunas.

EL DR. PEREZ MATEOS

ESPECIALISTA EN LAS ENFERMEDADES DE LA

garganta, nariz y oídos

permanecerá en Cartagena del 1 al 15 de Agosto y consultará todos los días laborables de 10 a 12 en sus habitaciones del Gran Hotel.

Gran Hotel-CARTAGENA

Los mártires del Patronato

(Histórico)

Era en la Provincia de Namur, en el cantón de Virton, en Saint Léger, pueblecito rodeado de verdes prados, de bellas huertas mimosamente cultivadas, de pequeños macizos de bosque, altos robles y negros pinos, por encima de los cuales se columbraban allá en la lejania, las escarpadas cumbres de una montaña.

En los primeros días de Agosto del año catorce, llegaron allí las primeras oleadas de la inundación alemana. Fueron unos escuadrones de caballería ligera, mandados por el comandante H... Llegaron como una exhalación, inesperada, fulminantemente, como un solo caballo que se hubiera desbocado por la cinta blanca de aquella carretera, firme como la pista de un skanting, con tan graciosas ondulaciones sobre la esmeralda de la quieta llanura.

¿Qué pasó en el pueblo? Nadie lo sabía bien. Una viejuela asomada medrosamente a la ventana, contaba que había visto los relámpagos de los sable al sol y caballos al galope que entraban como fantasmas alados y que sobre el empedrado de las calles levantaban chispas con un ruido de fraguas; luego oyó un trueno como el de un barrero sordo en la cantera vecina; después un silencio lleno de misterio, de miedos y de presentimientos tristes: poco después un piquete de soldados que hablaban lengua extraña y que empujaban hacia las afueras a un grupo de aldeanos maniatados. Los alinearon junto a la tapia de una huerta y, en silencio trágico, sin una palabra y sin un grito, esperaron lumóviles.

¿Qué pasaba?

En Domingo y los niños estaban en el Patronato. Eran unos cuarenta, de los 13 a los 17 años todos ellos, y cada grupo se hallaban entregado apasionadamente, impetuosamente a su deporte favorito. Sus voces infantiles, sus gritos y sus risas de cristal llenaban el campo de recreo y daban la sensación de frescura de un paisaje de bosque con arroyos que se despeñan bulliciosos y gorgoros de pájaros en la fronda.

También allí llegaron el estrépito de los caballos y el estampido de los tiros y como una bandada de gorriones espantados por el cazador, abandonaron sus juegos y rodearon al Vicario.

¿Qué sería aquello?—pensaron. Había guerra ¿pero podía llegar allí? ¿para qué querían los alemanes aquellas casacas queridas? Allí no había soldados ¿con quienes iban a reñir las batallas?

Y acuciados por la sorpresa y la ansiedad devoraban con los ojos el semblante de su Director como si en él hubiera de reflejarse necesariamente la realidad misteriosa que los tenía en susto.

Sr. Vicario, le llaman, que salga un momento—balbuceó azorado el conserje.

En la puerta le esperaba una mujer joven, pálida, desenojada pero sin una lágrima en los ojos. Con una voz de rugido en la que vibraba un poema de dolor y de reñcores trágicos, le dijo:

—Corra ¡por Dios! Sr. Vicario. Los van a fusilar.

—Espera un momento y voy contigo, Entró en el campo de recreo y dijo a los niños:

—Dentro de media hora íbais a rezar el Rosario; anticipado, rezadlo ahora mismo a mi intención. Pocas veces podrán ser vuestras oraciones más oportunas y compasivas. Pero que nadie salga de aquí hasta que yo vuelva. Estad tranquilos.

Tranquilos. No sabían nada pero lo tenían todo. Con el alma turbada y las miradas brillantes puestas en la Virgen que parecía mirarles compasivamente desde su morada iluminada, comenzaron su rezo.

¡Por mi padre, Dios mío!—gemían los unos sollozantes.

—Madre mía! tened compasión de nosotros—murmuraban los más.

—Si está en peligro nuestra patria, no la abandonéis, Virgen del Consuelo—dijo una voz varonil que se oyó en el silencio, distinta y vibrante como una saeta.

—Así sea—respondieron todos a coro, rompiendo el rezo con un llanto general.

Ante la Virgen, sus almitas chisporroteaban y se consumían como las velas del altar.

Cuando llegó el Vicario, vendaban los ojos de los aldeanos para fusilarlos. —¿Qué es esto, Gastón? Y tú también, Juan Luis? Y vosotros ¿qué habéis hecho, qué ha pasado? —No lo sabemos—contestaron sombríamente.

—Yo venía del huerto y me maniataron. No entiendo lo que dicen.

—No sé por qué me matan. Será la guerra.

—Yo estaba con mi mujer y me cogieron. Ella quiso impedirlo y de un empuellón la tiraron al suelo. No sé si la habrán muerto.

—No, no la han muerto, acabo de verla—dijo a esto último el Vicario. Y dirigiéndose al comandante de las tropas, le dijo en alemán.

—¿Qué es esto, señor? ¿qué crimen han cometido?

—Han tirado sobre mis soldados y ellos no lo son. Para los paisanos que hacen eso no puede haber misericordia. Su intervención quitaría a la guerra toda su nobleza y no sería guerra de hombres sino de fieras.

El Vicario se dirigió de nuevo a los aldeanos y les dijo:

—¿Es verdad que habéis disparado sobre los soldados desde vuestras casas?

Unos contestaron.—No es esta hora de mentir, señor Vicario. Nosotros no hemos tirado.

Y otros, poniendo en su voz ferocidades de odio añadieron.—No hemos tirado, pero esa pena nos llevamos al otro mundo.

Había una sinceridad tan salvaje en sus palabras que el Párroco que estaba acostumbrado a leer de corrido en sus almas, no dudó.

—Quizá otros hayan disparado, pero estos no; estos son inocentes—dijo el comandante.

—Y ¿cuáles son los culpables?—replicó éste con impaciencia.—¿cómo los encuentro? Estos pagarán por ellos y me basta. Las Ordenanzas buscan más el escarmiento que la justicia.

—Pero ¿no teme comenzar la guerra echando sobre su conciencia sangre de inocentes?

—Acabemos, tengo muchas cosas que hacer hoy todavía; retírese; ¿qué quiere usted? la guerra es así.

Todavía el Vicario insistió suplicando. El sacrificio de aquellas víctimas inocentes no sembraría el escarmiento sino el horror y el odio. Y luego, no iban solo a matar diez y siete hombres sino a disolver y aventar diez y siete hogares. Todos eran casados y dejarían hijos y mujeres en un abandono lastimoso. Pasarían años y años y todavía flotaría viva sobre el pueblo la peste odiosa de aquel fusilamiento en la miseria de las viudas y en las llagas morales de los hijos, criados en el arroyo.

—Y ¿qué culpa tengo yo de que sean casados?—replicó colérico. Listo.

Sonó el gallo de los fusiles y los soldados hicieron una evolución. Los aldeanos huían, palpitantes de emoción, comprendieron entonces que la lucecita de esperanza que su buen Vicario les había traído, se pagaba definitivamente. Sombríos, altivos, fatalistas, le dijeron:

—Señor Vicario, su bendición. La guerra es así, sin duda; hoy nosotros, mañana ellos. Que Dios nos perdone.

Y sobre la yerba seca del camino se arrodillaron. El Vicario quedó un momento en silencio, con la cabeza baja, abrumado, velado el semblante por mortal palidez. De pronto se acercó al comandante y le dijo:

—Y ¿si le trajera diez y siete solteros?

—Le soltaría a éstos.

—Una hora de tiempo para buscarlos, comandante.

—Un minuto más y será tarde. Basta ya.

Y el Vicario se internó en el pueblo sin volver la vista atrás.

—¿Por qué no nos habrá bendecido?—pensaron los campesinos. Y en la noche se oía cualquier otra vez volvió a brillar tenuemente la piadosa luz de la esperanza.

Saverino Amar.